

Sobre neandertales y feminismo

On neanderthals and feminism

RECENSIONES DE / REVIEWS OF:

Rebecca Wragg Sykes. *Neandertales. La vida, el amor, la muerte y el arte de nuestros primos lejanos*. Planeta. Barcelona, 2021, 480 pp. ISBN: 978-84-08-24655-8.

Marylène Patou-Mathis. *El hombre prehistórico es también una mujer*. Lumen. Barcelona, 2021, 368 pp. ISBN: 978-84-264-1009-2.

Enrique Baquedano Pérez^a

Me alegra especialmente hacer la recensión presente por tres razones. Primero, porque se trata de dos libros que ya había leído con anterioridad al encargo por su indudable interés y relación con el ámbito de mis actividades profesionales. Segundo, porque hace ahora 44 años que don Martín Almagro Basch, entonces director de *Trabajos de Prehistoria*, me encargó la recensión de sendos libros sobre los yacimientos paleolíticos de la Cueva de Llonín y de la Cueva de Morín, que aparecieron publicados en su volumen 36 de 1979. Y tercero, porque las responsables del encargo, las profesoras Teresa Chapa y Maribel Martínez Navarrete, investigadoras sobradamente prestigiosas por su rigor, manifiestan que el trabajo de los equipos en los que participo no pasa desapercibido.

Efectivamente, puede afirmarse que nuestros estudios en los últimos años se han centrado, en buena medida, tanto en un mejor conocimiento de los neandertales, en su comportamiento y actividad intelectual, como en la reivindicación del papel de la mujer y su visibilización pública en la evolución humana y en la Prehistoria en general.

Los libros que reseñamos son muy diferentes y sin embargo tienen algo esencial en común, sus autoras son mujeres y plantean una mirada femenina hacia cuestiones que habitualmente han sido tratadas por varones y no siempre con una visión ecuaníme desde el punto de vista del papel de los géneros.

El libro de Rebecca Wragg Sikes, *Neandertales. La vida, el amor, la muerte y el arte de nuestros primos lejanos*, es una visión sintetizada, aunque muy amplia (casi 500 páginas) de esta especie de homínidos que tanto interés despierta entre investigadores y gran público. A este último segmento de lectores se dirige el libro si bien es muy recomendable que también sea leído por los investigadores en la materia. Estos a veces, por estar hiperespecializados en un aspecto concreto, no se hacen preguntas más generalistas pero muy esenciales y que, a mi modo de ver, deberían ser objeto de reflexión permanente por la comunidad científica.

Recuerdo cómo a finales de los años 70, durante mi formación universitaria, amarrados como estábamos al positivismo más radical, eran muy escasos los interesados por el comportamiento y las capacidades cognitivas de los neandertales. El estudio de las llamadas facies del Musteriense y, como mucho, de la actividad subsistencial durante la última glaciación, o la sustitución por los cromañones europeos, eran los temas que centraban el trabajo de los prehistoriadores interesados en el Paleolítico Medio. Los neandertales se suponía que carecían de toda capacidad intelectual mínimamente desarrollada más allá de lo estrictamente vivencial. Hasta las actividades funerarias de los neandertales les eran negadas por muchos investigadores.

De aquí a plantearse preguntas y proponer hipótesis alternativas hemos necesitado más de cuarenta años

^a Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid. Pl. de las Bernardas s/n. 28801 Alcalá de Henares. Madrid. Instituto de Evolución en África (IDEA). C/ Covarrubias 36. 28010 Madrid. Correo e.: enrique.baquedano@madrid.org <https://orcid.org/0000-0002-6079-9390>

para construir un nuevo paradigma hoy mayoritariamente aceptado en la comunidad científica: los neandertales tenían unas capacidades cognitivas similares a las nuestras en cronologías paralelas.

Este nuevo paradigma está muy bien planteado por Rebecca Wragg con una literatura francamente rica y una amena traducción al castellano de Alberto Delgado para la Editorial Planeta, salvo algunos errores técnicos como denominar daños a las huellas de uso o roeduras a las marcas de carnívoros.

El cambio de paradigma es, como he dicho, fruto del trabajo ingente de muy numerosos investigadores que la Dra. Wragg no cita para ahorrarnos dificultades en la lectura del texto, según explica al comienzo del libro, sabedora como es de que no citar a los autores despierta poco entusiasmo entre los prehistoriadores. Sí es cierto, sin embargo, que la historiografía de los primeros descubrimientos e hipótesis interpretativas está continuamente trufada en el texto, algo que a mi modo de ver no es solo una cuestión de justicia y reconocimiento a nuestros mayores si no de explicación de las diferentes visiones de un asunto en contextos científicos y sociales distintos. Son muy de agradecer y cuando se narran con tanta amenidad en la pluma, aún mucho más.

Salvo estos aspectos, el libro es tan profundo como ameno y viene a demostrarnos por qué los neandertales nos resultan ahora tan fascinantes. Las cuestiones relativas a su descubrimiento, su anatomía o el medioambiente y clima en que habitaron, son tratados con destreza por la doctora Wragg, al igual que los aspectos económicos y tecnológicos.

Lo que ella denomina con acierto “la casa neandertal” abunda en los campamentos recurrentes o puntuales que los neandertales establecen para vivir en dependencia del entorno. Este a su vez depende de los cambios climáticos que se producen en el continente euroasiático a lo largo del Pleistoceno medio y superior, en sus tramos final e inicial respectivamente, entre 350.000 y 40.000 años aproximadamente.

La caza como actividad económica esencial junto al trabajo de las pieles deja más señales que otras actividades como la recolección de alimentos complementarios o la acumulación de leña, pero Wragg no se resigna a ello y plantea hipótesis, algunas ajenas y otras propias, tan sugerentes como verosímiles.

Un conocimiento profundo de los tecnocomplejos propios del Paleolítico Medio, tanto de la industria lítica como de la industria ósea (que se limita a retocadores y alisadores) le permite entrar en el terreno de la sana especulación, tan necesaria como el sano escepticismo del científico, para dirigirnos al territorio en que nuestra autora se desenvuelve mejor: la aproximación a los pensamientos y aún a los sentimientos de nuestros primos no tan lejanos, como apunta el título del libro. Así, Wragg se atreve, a partir del capítulo 11

“Cosas hermosas”, a meterse en el mundo estético de los neandertales y sus capacidades para apreciar y producir objetos bellos como antesala del debate sobre la capacidad simbólica de estas gentes.

Me congratula especialmente la manera diplomática y florentina con la que aborda temas que suelen provocar enfrentamientos más allá de lo razonable. Si bien la autora resuelve aspectos tan candentes como la acumulación de carcasas preneandertales en la Sima de los Huesos atapuerquense o las fechas del nivel musteriense en la Cueva de Gorham, en Gibraltar, con excesiva ligereza, dando por bueno el cuestionamiento de las interpretaciones tradicionales para ambos sitios sin una argumentación sólida.

Confieso que la introducción de Wragg en el mundo intelectual y aun sentimental de los neandertales es lo que más me interesa de este meritorio trabajo. Los capítulos 12 “Dentro de las mentes” y 13 “Maneras de morir” son, en mi opinión, los más atractivos. Tal vez porque esta sea la faceta que más me afecta desde que el Dr. Alfonso Moure, en mi primera excavación de un hogar paleolítico, en la Cueva de Tito Bustillo, 1977, me aconsejó que mientras excavaba meditara sobre la actividad magdaleniense en aquel lugar, y sobre lo que pensarían y sentirían aquellos cromañones.

En efecto, esta debería probablemente ser la aspiración máxima de cualquier prehistoriador, pero es cierto que esto implica penetrar en territorios especulativos, poco mensurables y poco curriculares.

Rebeca Wragg da cuenta de las manifestaciones que solo pueden atribuirse a una capacidad simbólica bien desarrollada entre los neandertales para explicar fenómenos como los círculos de estalagmitas en la Cueva de Bruniquel o los enterramientos principalmente de individuos infantiles en varias cavidades y abrigos, de los cuales lo “milagroso” es recuperar algunos fragmentos esqueléticos que han superado las leyes de la física durante tantos milenios. Ello no implica, añado de mi cosecha, como a veces se ha pretendido, la creencia en una vida póstuma.

Sin duda, la interpretación en estos ámbitos es muy especulativa pero cuando, a mi parecer, se realiza a partir de un conocimiento sustancial de los datos y de las evidencias debemos considerarlo como inferencia propia y parte de una hipótesis que puede crear una línea de investigación nueva. La especulación, la elucubración y hasta la intuición han sido motores imprescindibles de la ciencia. Pensemos en Kepler, Newton o Einstein. Sin su infinita intuición basada en datos y experiencia personal nunca hubieran formulado sus leyes físicas. Si bien resulta obligado que, claro está, el investigador distinga lo que son datos de lo que son hipótesis de trabajo.

Los tres últimos capítulos tratan la aportación de la paleogenética (que no deja de sorprendernos pues

casi cuestiona el propio concepto de especie tal como lo venía entendiendo la paleontología), a la sustitución de los neandertales por los “modernos” tras su parcial extinción, y por último una atinada reflexión sobre el cambio de nuestra visión de los neandertales desde su descubrimiento a la actualidad.

Un libro más que recomendable, de lectura obligada.

Si el libro de Rebeca Wragg es de tendencia científica, el de Marylène Patou-Mathis *El hombre prehistórico es también una mujer* es un libro de tendencia ideológica. La autora es una de las más reconocidas prehistoriadoras francesas sobre el mundo paleolítico en general y los neandertales en particular, con una obra a sus espaldas tanto de investigación como de comunicación cultural más que sobresaliente.

Este libro es un ensayo muy documentado sobre el reconocimiento del rol de las mujeres en la historia. Abarca desde el análisis de la visión antropológica respecto de la mujer en la sociedad y su evolución, centrándose especialmente en el Paleolítico, pero sin descuidar la Prehistoria reciente, así como el resto de los periodos históricos.

Pretende y consigue la Dra. Patou-Mathis denunciar y desmontar toda una historia de injusticia hacia el género femenino llena de patrañas para justificar el patriarcado como forma de organización y comportamiento social. Con motivaciones que hoy moverían a la risa de no ser por su crueldad, los hombres han buscado argumentos biológicos, filosóficos y hasta religiosos para justificar el ejercicio en exclusiva del poder.

El ensayo está, repito, muy bien documentado y se lee con soltura pues disfruta de una literatura muy amena en forma y contenido. Si bien peca de tener una mirada muy occidentalista en general y una óptica muy francesa en lo que a los últimos periodos históricos se refiere. En el texto subyace una historia del feminismo en el que, como sabe reconocer la autora, algunos varones como Fourier, Balzac o Stendhal han jugado un papel importante. Y donde desempeña un papel excepcional la figura de mi admirada Simone de Beauvoir.

Tal vez lo más interesante del libro sea la reivindicación del papel de la mujer en la evolución humana, acertada cuando se opone a dar por sentadas algunas ideas como la autoría del arte prehistórico o la producción de la industria lítica que sin razón alguna suelen atribuirse a los varones.

Otra cosa bien distinta es considerar que las diferencias biológicas son insignificantes y no intervienen en otras actividades como la caza o la guerra. La realidad es que solo las mujeres paren. La reproducción es el hecho biológico más importante en la vida humana, pero implica la gestación y la lactancia con la consiguiente limitación para otros menesteres menos esenciales para la supervivencia de la especie como es la reproducción.

En mi opinión una causa tan justa, tal vez la más justa de todas, como es el feminismo no necesita de exageraciones como la autora, llevada sin duda por un exceso de compromiso ideológico, plantea cuando llega a afirmar que “Esta segregación alimentaria, que según algunos investigadores aparece ya en el Neolítico, habría influido en la estatura y la corpulencia de los hombres y las mujeres. Los niños, que tenían un régimen más rico en proteínas y recibían las mejores raciones de carne, se habrían hecho más altos y más fuertes que las niñas. Esta conducta cultural de discriminación por el género habría modelado cuerpos masculinos y femeninos diferentes” (Patou-Mathis, pp. 225-226).

Negar el dimorfismo sexual entre los humanos es no querer ver la realidad. Todas las especies del género *Homo* han sido y son muy dimórficas, unas más que otras en relación con su comportamiento poligínico o monógamo, pero con diferencias intraespecíficas muy notables como existen también entre todos los grandes simios.

Sin embargo coincido absolutamente con Marylene Patou-Mathis cuando nos dice que “El patriarcado no es ‘natural’, es una manera de pensar y actuar que instaura un orden de cosas basado en un binarismo de sexos y en una jerarquía entre ellos” (Patou-Mathis, p. 223) Por eso mismo, convencido como estoy, de que en una sociedad más culta y desarrollada donde impere la justicia no sería necesario tergiversar la realidad histórica ni la presente, coincido con Rebeca Wragg, conocida también por su reivindicación del papel de las mujeres en la arqueología, cuando plantea que “parece haber indicios de que las formas de vida neandertales clasificadas anatómicamente por sexos quedaron perpetuadas en sus huesos y dientes. La aparente conexión entre los cuerpos femeninos, el uso intensivo de la boca para sujetar y arrastrar, así como el desarrollo simétrico de los brazos, apuntan al trabajo de la piel. Esto se repetiría en muchas culturas de cazadores-recolectores con las mujeres como artesanas, artífices de cosas igual de fundamentales para la supervivencia que las herramientas de piedra. La idea neandertal del género no encaja con precisión en los conceptos occidentales de feminidad, pero puede que el trabajo de la piel y la propia vestimenta fueran un punto de confluencia entre su cultura material y su identidad social” (Wragg, pp. 301-302).

En efecto, ¿por qué razón debería ser más importante cazar y guerrear que parir y recolectar?

En el fondo creo que forzar la interpretación del pasado para hacer propuestas que no aguantan el análisis lógico favorece al denostado patriarcado. Y, en última instancia, ¿no es papel de la cultura, entendida como civilización, corregir a la barbarie que representa la biología humana? Creo que en esto Simone de Beauvoir estaría de acuerdo. En todo caso, el libro de la Dra. Patou-Mathis es de lectura también muy formativa y por ello muy recomendable.